Globethics Repository




# Carta a América Latina en sus 500 años desde San Pablo [Letter to Latin America in the 500 years since San Pablo]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

| | |
|---|---|
| Item Type | Article |
| Authors | García, Marco Aurélio |
| Publisher | Fundación Friedrich Ebert (FES) |
| Rights | Creative Commons Copyright (CC 2.5) |
| Download date | 2026-11-10 01:34:34 |
| Link to Item | http://hdl.handle.net/20.500.12424/220451 |

Nueva Sociedad Nro.120 Julio- Agosto 1992 , pp. 134-141

# Carta a América Latina en sus 500 años desde San Pablo

**García, Marco Aurélio**

**Marco Aurélio García:** Historiador y politólogo brasileño. Profesor de la Universidad Estadual de Campinas - UNICAMP. Miembro de la Comisión Nacional Ejecutiva del Partido de los Trabajadores - PT, ejerciendo las funciones de Secretario de Relaciones Internacionales.

A la memoria de José Aricó

San Pablo, mayo de 1992.

No es fácil para un brasileño escribirte, incluso, como es mi caso, si él vivió muchos años fuera del Brasil, en Santiago, Montevideo, París - una ciudad más «latinoamericana» de lo que se piensa - o frecuentó más de una vez tus capitales: Buenos Aires, Lima, Caracas, San José, México, Panamá, Managua, La Habana.

Pero los brasileños son así. Denominamos a nuestros vecinos continentales «latinoamericanos», como si no lo fuésemos también. Tus quinientos años no tienen aquí la misma repercusión que en otros países del continente, e incluso en Europa. Tal vez sea porque sólo fuimos «descubiertos» en 1500. O tal vez porque el portugués que hablamos sea poco entendido por la mayoría de tus hijos. O, quién sabe, porque, con nuestros ocho millones de kilómetros cuadrados, nos consideramos un continente aparte. Con eso apenas justificamos los simpáticos chistes que nuestros hermanos latinoamericanos hacen sobre la opinión que los brasileños tienen de su país o de sí mismos: «Os maiores do mundo...».

Pero eso parece ser cosa pasada.

Los brasileños perdimos en los últimos años aquella ingenua y simpática megalomanía que siempre fue vista por nuestros vecinos como condescendencia. Durante la dictadura militar, en pleno período del «milagro económico brasileño», uno de los generales que las fuerzas armadas eligiera para ocupar la presidencia, en un acceso de franqueza afirmó que la «economía va bien, pero el país va mal». Así, él se veía forzado a admitir lo que era una gran evidencia. Las altas tasas de crecimiento de la economía - más de 10% durante muchos años de la década del 70 - no habían sido capaces, sino muy por el contrario, de resolver la situación de miseria en la que se encontraban sectores cada vez mayores de la población.

Pues bien, hoy esta situación se agravó. La «economía» va mal y el «país» está peor, si quisiéramos respetar esa supuesta dicotomía que separa y opone economía y sociedad. Desde los 80 vivimos una situación de estancamiento o de abierta recesión, como es el caso de los dos últimos años. Esta crisis, que destruye la industria de la que tanto nos enorgullecimos en el pasado, se combina con una persistente y creciente inflación que corroe nuestros salarios y ayuda a encarar como si todavía fuese posible - otra etapa en nuestro histórico proceso de concentración de la renta.

La perdurabilidad de la dictadura militar en el Brasil tiene varias causas. Quiero llamarte la atención sobre una de ellas: la capacidad que los generales tuvieron, al contrario de lo que sucedió en otros países, como la Argentina, por ejemplo, de conducir un proyecto nacional de industrialización, en el marco de una penetración muy grande de inversiones extranjeras, por cierto, pero que anhelaba llevar hasta las últimas consecuencias aquello que, en el lenguaje de la CEPAL, se convino en llamar «industrialización sustitutiva de importaciones». En nombre de eso se firmó el acuerdo nuclear con Alemania, desafiando la voluntad norteamericana, se impuso la reserva de mercado en el campo de la informática y se anunciaron medidas similares en otros sectores avanzados de la industria, aumentando, con eso, la materia contenciosa con Washington.

Este proceso, que sociólogos y politólogos llamaron «modernización conservadora», se agotó a fines de la década del 70 y al último general le cupo inaugurar la etapa que hoy vivimos en la que se asiste a una lenta declinación económica y a la profundización de la distancia que separa al Brasil de los países industrializados y que se traduce internamente en una separación creciente entre el Brasil rico y el Brasil pobre. (No te preocupes. No estoy tratando de revivir las categorías de «moderno» y «tradicional» con que se orientaron los análisis funcionalistas sobre el Brasil. En todo caso, no habría mal alguno en constatar este dualismo» ya que él estaba - y está - allí, frente a nuestros ojos. El problema residía en el valor analítico que estas categorías pasaron a tener).

La consecuencia de esta prolongada crisis fue un cambio considerable en el humor de los brasileños. Si antes nos representábamos como irresponsablemente alegres y despreocupados, de acuerdo con los múltiples clisés que tematizaron nuestra «cordialidad», después pasamos a aparecer como irresponsablemente cínicos, sólo preocupados por nosotros mismos, aplicando a la sociedad aquello que convinimos en

llamar la Ley de Gerson[1]: «sacar ventaja» en todo. Transformamos a Macunaíma, el «héroe sin carácter», personaje de Mario de Andrade, en nuestro héroe nacional.
Al mismo tiempo nos tornamos más violentos, tal vez para convivir mejor con la violencia que se generalizaba. O más insensibles, acaso para soportar mejor el espectáculo de la pobreza que desfila todos los días delante de nuestros ojos. O también más individualistas, pues si no cuidamos de nosotros mismos quién lo hará...

Nostálgicos, recordamos el tiempo cuando Río era la «cidade maravilhosa». Cuando San pablo, a pesar de «fea», ofrecía recompensas a aquellos que estuviesen dispuestos a descubrir sus secretos urbanos. Cuando podíamos pasear por las calles de nuestras ciudades sin miedo de ser asaltados, molestados por los miserables que nos piden de comer o que, mudos, nos exponen su mundo insoportable a nuestra vista y a nuestra conciencia ética y moral.

Recordamos que un día tuvimos una arquitectura respetada mundialmente, de la cual Brasilia es apenas una muestra. Que el «Cinema Novo» se situaba entre las grandes escuelas de renovación del séptimo arte. Que nuestra música - la bossa nova entre otras - era cantada en el mundo entero. Y recordábamos, finalmente - y cómo olvidarlo - que nuestro fútbol fue ¡ay! «o melhor do mundo» seduciendo a todos con su arte y su magia.

Estamos frente a un estado, o a una percepción de un estado, que puede ser resumido con una palabra: decadencia. Digo «estado» o «percepción de un estado», porque la decadencia es de esas categorías históricas que, como casi todas, debe ser captada en sus dimensiones objetiva y subjetiva.

La decadencia histórica es, por cierto, un sentimiento que corresponde a la percepción colectiva de un proceso complejo de declinación: económico, político, social, cultural. Como toda percepción colectiva, ella es siempre problemática, instalándose la cuestión de su mayor o menor correspondencia con la realidad con la que se relaciona. Pero esto tiene una importancia relativa, pues esta percepción puede, y de hecho sucede con cierta frecuencia, transformarse en algo objetivo. Cuando se experimenta un sentimiento de decadencia, este sentimiento acaba por ganar la

[1]La expresión fue acuñada en los años 80. El jugador de fútbol Gerson, uno de los ídolos de la selección campeona dl mundo de 1970, aparecía en un comercial de televisión promocionando una marca de cigarrillos. En el film afirmaba que lo fundamental era "sacar ventaja". Evidentemente la propaganda no expresaba el pensamiento del jugador sobre las normas de convivencia social. Hasta hace poco tiempo él se revelaba un hombre amargado por ver su nombre asociado a esta imagen de amoralidad.

misma realidad, deja de ser sólo un epifenómeno - lo que ocurre con más frecuencia de lo que se supone en la historia - y pasa a alimentarse a sí mismo.

Es curioso que tenga que haber dado toda esta vuelta para decirte que es en ese sentimiento - que muchos viven como de «decadencia», aunque haya estado tentado de evitar esta palabra que nosotros, brasileños, encontramos o tenemos la posibilidad de encontrar este continente que nos rodea y del cual fingimos, muchas veces, no formar parte.

Calma, no te molestes. No pienses que, al decir que los brasileños sólo se sentirían latinoamericanos en la decadencia y en la desgracia, estoy meramente reduciendo a América Latina a ellas. Quiero, antes de terminar y para explicarme mejor, hablarte un poco de cosas positivas, de nuestros orgullos como brasileños y latinoamericanos. Y finalmente, compartiré contigo un temor. Cuando nuestro general descubrió que la economía iba bien pero el Brasil iba mal, una parte importante del pueblo brasileño ya había hecho este descubrimiento. Más que eso, había ya llegado a sus conclusiones al respecto.

Los avances de la oposición consentida en las elecciones de 1974, a través de las cuales los militares pretendían una vez más legitimar el régimen como «representativo», sumados a impasses económicos de origen interno y externo, llevaron al gobierno, con el apoyo de sectores de las clases dominantes, a desencadenar un proceso de autorreforma del régimen, la «transición» hacia la democracia.

«Lenta, gradual y segura», como querían sus idealizadores, la transición brasileña tuvo una particularidad en relación a procesos semejantes en otros países latinoamericanos: fue tan prolongada - según algunos todavía más dilatada - como la propia dictadura. Y conservadora, como la «modernización», la transición aún no puede ser definitivamente juzgada hoy tal vez porque su «obra» todavía no se encuentra debidamente concluida. Esta inconclusión se traduce en una ambigüedad fundamental: si, por un lado, el fin del régimen militar no se produjo a través de una ruptura, como pretendían muchos, por otro, la nueva situación creada en el país con la declinación del régimen militar en los años 80 - advenimiento de la «Nova República», Constituyente de 1988 y elecciones directas en 1989 - no puede ser sólo caracterizada, como quieren algunos, simplificando las cosas, como la «continuación de la dictadura por otros medios».

A pesar del retorno al Estado de derecho, con la nueva Constitución y las elecciones presidenciales, innumerables signos de persistencia del orden autoritario se ha-

cían sentir. En el plano económico, en el plano institucional (pues la Constituyente no rompió con la tutela militar sobre el Estado, mantuvo perversiones en el sistema representativo y consagró dispositivos conservadores en el campo económico y social, como por ejemplo en la cuestión de la tierra) y en la propia persistencia de la vieja clase política que sirviera a la dictadura, y guardaría posiciones importantes en los gobiernos sucesivos. No puede olvidarse que José Sarney, el vicepresidente que acabaría asumiendo la jefatura del gobierno con la muerte de Tancredo Neves, había sido hasta unos pocos meses antes presidente del Partido Democrático Social (PDS), partido que otorgara sustentación al régimen militar. El propio Collor de Mello, a despecho de presentarse como «novedad política», como un outsider, en realidad fue un hombre criado en el serrallo del régimen, que lo designó como alcalde de Maceió, en el comienzo de su carrera política. No sin razón Leonel Brizola, que en 1989 disputaba la presidencia y era también un hombre de la oposición, lo llamó públicamente «ahijado de la dictadura».

Aunque sea innegable el proceso de democratización política, con múltiples interpretaciones en el plano legal, la conclusión a la que llega todo aquel que analice las instituciones brasileñas es que hay un inmenso trabajo a ser realizado para que se alcance un régimen efectivamente democrático.

Pero, si es verdad que las transformaciones en la esfera del Estado fueron lentas - lo que coloca como actual la cuestión de su reforma y democratización -, no se pude decir lo mismo acerca de lo ocurrido en la esfera de la sociedad. Tal vez por haber destruido gran parte de las formas y de las fuerzas de representación - una hipótesis fértil a ser explorada - la dictadura haya compelido a la sociedad hacia mecanismos crecientes y radicales de autorrepresentación.

Este fenómeno se traduce esencialmente en la explosión de movimientos sociales autónomos a fines de los 70, especialmente en la emergencia del nuevo sindicalismo, que rompería con casi 50 años de corporativismo y sentaría las bases para la formación del Partido de los Trabajadores (PT), el más original fenómeno de la política brasileña en las últimas décadas. Esta iniciativa de los movimientos sociales, en una sociedad marcada por la hipertrofia estatal, no se circunscribiría solamente a los trabajadores urbanos ni a demandas de naturaleza económica.

Primero, porque se manifestarían otros sectores sociales - campesinos y asalariados rurales, pobladores de las periferias urbanas no necesariamente obreros, amplios segmentos de las capas medias urbanas -, segundo, porque en estos nuevos movi-

mientos sociales se articularían, al lado de demandas y objetivos económicos, otros de naturaleza social, política y cultural, en un sentido amplio.

El propio movimiento obrero - en realidad él más que otros sectores - articuló sus iniciativas en torno de una acción que significaba modificar las condiciones de contratación de la fuerza de trabajo (salarios, jornada de trabajo, etc.), alterar las condiciones de control del capital en el espacio fabril, democratizar los sindicatos y, para hacerlo, democratizar el Estado y sus instituciones y la sociedad.

Esta particularidad de la acción desencadenada por los trabajadores de los sectores de punta de la industria brasileña, vinculados a otros segmentos de la sociedad, explica por qué les cupo un papel protagónico en la formación del gran movimiento que animó el Brasil en estos últimos 13 años y que tuvo en el PT su expresión más visible, si bien no la única.

Por primera vez en la historia brasileña, eran los trabajadores quienes construían un partido de trabajadores y no «vanguardias» (comunistas) o «retaguardias» (populistas) que lo hacían en nombre de ellos. Por primera vez en la historia de la oposición al régimen militar y al conservadurismo que le siguió, a la cabeza de esta se encontraban aquellos que mantenían, en relación al estado de cosas vigente, la posición más irreductible.

El componente democrático presente en este movimiento desde el inicio y el grado de «saludable empirismo» que marcó su nacimiento y desarrollo inicial explica por qué este radicalismo no desbordó en un centralismo autoritario, ni en el doctrinarismo típico de las izquierdas pasadas.

El componente obrero-popular, pièce de résistence de esta alianza histórica, permite comprender por qué ella resistió concomitantemente al «realismo político» que, con frecuencia, ha empujado los movimientos populares hacia el apoyo a las fórmulas de «ajuste» económico y a los proyectos políticos de corte liberal.

En medio de dificultades económicas y sociales enormes, brasileñas y brasileños consiguieron logros memorables en nuestra historia, marcada por la conciliación permanente de los poderosos, patrocinada por un Estado que invariablemente se pretendió supraclasista. Se construyó un movimiento sindical, pasados 50 años, con acentuada tendencia hacia la autonomía, lo que es particularmente visible en la formación de la Central Unica de Trabajado res (CUT), en 1983.

En el año siguiente, 1984, el país vivió uno de los mayores momentos de su historia con la campaña por las elecciones directas que movilizó en las calles a más de 20 millones de personas. Entre 1987 y 1988, cuando se discutía la nueva Constitución, centenares de millares de personas se articularon para influenciar, a través o no de instrumentos institucionales, el debate constituyente. Finalmente, en 1989, la campaña presidencial convulsionó el país, provocando la mayor onda de agitación ciudadana de la que se tenga conocimiento en el Brasil.

Como puedes ver, vivimos este período de «decadencia» no como «decadentes». Fuimos muchos los que resistimos. Movilizamos nuestras energías y nuestras esperanzas. Para los más jóvenes, fue una esplendorosa iniciación en la vida social y política. Para aquellos que comenzaron a insertarse en la historia durante los tiempos sombríos de la dictadura, fue una revancha. Para los que, como yo, habíamos vivido las movilizaciones de los inicios de los 60, fue el reencuentro con nuestros mejores sueños y esperanzas, archivados por el tiempo y que resurgían con tal amplitud y profundidad que no se igualaban con nuestras mayores ilusiones pasadas.

La conquista de la democracia fue un valor que sólo conseguimos entender plenamente cuando nos vimos privados de ella, o cuando vimos que nuestros ideales socialistas habían sido traicionados en la medida en que hicieran de la democracia sólo un medio y no un fin. Pero constatamos inquietos - y de ahí el temor del que hablé antes - que, si la democracia política es condición necesaria, sin embargo no es condición suficiente. Pues no hay democracia si sus dimensiones política y económico-social no están asociadas. Y aún más: cuando esta asociación no se da, la propia democracia política se inviabiliza y se transforma apenas en una serie de normas y formas vacías porque dejan de existir condiciones reales para su aplicabilidad.

Lo que muchos intelectuales y militares de izquierda llaman «democracia burguesa», no son las instituciones o las garantías que caracterizan un determinado régimen político: pluralismo, alternancia, libertad de organización y de expresión, etc. La democracia bajo hegemonía burguesa, como más adecuadamente muchos la llaman, no se caracteriza por la existencia de estas reglas e instituciones, casi todas conquistas de las clases trabajadoras y no concesiones de las clases dominantes - sino por la existencia e incumplimiento de las mismas.

En el Brasil y el resto de América Latina este incumplimiento se da a través del irrespeto puro y simple de la ley, del casuismo que anula la norma general. En el capitalismo avanzado, el incumplimiento es más sofisticado. Pasa por la tergiversa-

ción de la ley, colocada entre paréntesis por la relativización de su interpretación por un poder judicial altamente politizado, por la burocracia escondida en la lógica racionalizante y, más recientemente, por la norma supranación al, que intenta sofocar la particularidad en nombre de un supuesto universalismo. En breve también llegaremos allí en América Latina, si es que ya no hemos llegado. Y ahí aparece mi temor.

Esta separación entre los innegables avances de la democracia política y los considerables retrocesos de la democracia económica y social en el Brasil, como en casi todos los países de continente, acaba por condenar al descrédito a la democracia tout court. No deja de ser una cruel ironía histórica que el período dictatorial haya sido marcado por un crecimiento económico, aunque altamente excluyente, pero con consecuencias sociales inmediatas menos graves que las actuales, y que, en la medida en que se avanzaba en la democracia política, asistíamos a la degradación de las condiciones de vida de las poblaciones en niveles nunca antes alcanzados.

Es evidente que hay muchas explicaciones para todo esto, entre ellas la propia responsabilidad del ancien régime en el curso ulterior de la situación brasileña (las deudas externas e internas son apenas un ejemplo) y la misma incompletud de la democracia actual, que la empuja a convertirse en su contrario. Pero estos argumentos más sofisticados no pueden ser fácilmente transformados en análisis ampliamente compartidos, especialmente por aquellos a quienes la crisis expulsa hacia los márgenes de la sociedad, o por aquellos que nunca saldrán de ella.

Para muchas fuerzas de izquierda con escaso compromiso histórico con la democracia esto tampoco es fácil. E incluso para aquellos que buscaron aquí y en otros lugares renovar las concepciones y las prácticas de la acción política los desafíos a ser vencidos son innumerables y complejos, exigiendo una gran capacidad de invención política.

Las clases denominantes latinoamericanas, apoyadas por sus colosales instrumentos de comunicación, han buscado, con cierto éxito, ocultar sus responsabilidades sobre aquello que es su máxima creación: el «capitalismo realmente existente» en nuestra América. Todo sucede como si la caída de los regímenes del Este fuese un antecedente no sólo cronológico, sino también lógico, de un proceso que se hace necesario «completar» en América Latina. Quedamos beatificados preguntándonos quién reinó siempre aquí y en nombre de qué y de quién.

Mi temor no reside en el hecho de que un «cara pintada» argentino se disponga a disputar las elecciones, sino en que consiga cierto éxito junto al electorado popular; no está en el hecho de que los militares venezolanos intenten un golpe de Estado, sino en que su acción encuentre eco en la población de un país cuyo elevado crecimiento económico se dio con un aumento de los bolsones de miseria; no deriva de que otros intenten el camino de Fujimori y su autogolpe, sino de que este camino pueda verse estimulado en otras partes por la indiferencia de la población peruana, cuando no su abierto apoyo.

Por otro lado, países que nos son expuestos como modelos de recuperación económica con democracia política - pienso en la Argentina, Chile o México - no pueden dejarnos menos inquietos. La recuperación económica de los dos primeros - con marcada y persistente exclusión social - resulta inseparable de la masacre de buena parte de las direcciones obreras y de los movimientos de izquierda en los años 70, cuyas consecuencias se hacen sentir hasta hoy. Una pesada hipoteca militar, sobre todo en Chile, condiciona las instituciones de estos dos países, lo que relativiza en mucho el alcance de la democracia política. Ante cualquier reivindicación sindical pesan frecuentemente los argumentos de que comprometen el programa económico y amenazan desestabilizar el régimen democrático.

En cuanto a México, aparte de los factores geopolíticos representados por la proximidad de Estados Unidos, el «éxito» de la actual política económica, que está igualmente marcada por la aguda exclusión social, se vincula a las particularidades del sistema político mexicano, sin las cuales el actual gobierno difícilmente existiría. Aparte del fraude electoral que determina la llegada al poder de Salinas de Gortari, el gobierno puede beneficiarse de los factores constitutivos del sistema político mexicano, como su estructura sindical, cuyo rasgo fundamental es la heteronomía. Al lado de esto, es importante destacar la habilidad de Salinas en realizar una autorreforma del régimen que permitió una considerable readecuación de éste a las nuevas perspectivas de integración con la economía norteamericana. Autorreforma que lleva a profundizar la ruptura del PRI con los residuos de su pasado revolucionario, lo que se hace evidente en la contrarreforma agraria votada por el Parlamento. Este proceso impone igualmente sacrificios a sectores obsoletos de la burocracia partidaria y sindical, sacrificados en el altar de la «modernidad».

### *Conclusión*

A quinientos años de edad, en la diversidad de nuestras realidades y experiencias, tal vez surjan más canales de comunicación que los imaginados, entre nosotros los brasileños y el resto del continente.

En los años 70, cuando todavía estábamos aquí en el Brasil sumergidos en la dictadura oscurantista de los militares, hicimos un primer descubrimiento del conjunto latinoamericano. Leímos intensamente escritores latinoamericanos que hasta entonces desconocíamos, escuchamos y cantamos las músicas de nuestros vecinos y muchos de nosotros acabamos vistiéndonos con sus ropas. Redujimos un poco nuestra ignorancia sobre el continente y pasamos - como muchos de nosotros habíamos hecho en los 60 - a preocuparnos por la suerte de quienes luchaban también por nosotros en sus tierras.

San Pablo, en el día que termino esta carta es una ciudad latinoamericana en lo que tiene de positivo y de negativo, en su «decadencia» pero también en su orgullo.

Dentro de unos minutos, cuando acabe de imprimir este texto y salga a entregarlo, mi carro será cercado en la primera esquina por unos niños de la calle que limpiarán sus vidrios, ofrecerán a la venta chicles o simplemente pedirán algo para comer.

El tránsito estará difícil, ya que los conductores de ómnibus están en huelga, lo que deja a seis millones de personas sin transporte.

De un lado, están aquellos confinados al margen de la sociedad, los que expresan en sus trayectos la decadencia que nos afecta. Del otro, los que pretenden resistir, incluso si su huelga es contra una alcaldía que identifican como «suya» y que contribuyeron a elegir.

La historia no acabó en el año de tu «quinto centenario». Ni aquí, al sur del Río Grande, ni al norte, ni tampoco en el continente de donde vinieron nuestros conquistadores.

Pero, si la historia no acabo, esto no significa que ella haya recorrido los mejores caminos. Ha llegado el momento de tomarla en nuestras manos, hoy más que nunca, para evitar que la actual decadencia llegue a transformarse en preanuncio de barbarie.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 120 Julio-Agosto de 1992, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**